

ANTES NO ME MOLESTABA, pero el año pasado, de repente, se me metió en la cabeza que, si no me acordaba de cuándo entré a trabajar en la casa era como si se me hubiera perdido una parte de mi vida, y ya se me habían perdido varias. Estaba seguro de que vine después del internado, pero eso no era suficiente, yo quería saberlo exactamente, las personas saben exactamente las fechas importantes de su vida, y yo me dije: Pepín, tú tienes que averiguar esa fecha.

La primera persona con la que hablé fue con el doctor que dirigía la clínica, pero él no es el mismo que estaba cuando yo llegué. Me dijo que no se acordaba, porque de eso hacía muchos años. Pero ¿cuántos más o menos? Nada, no sabía nada. Le pedí que buscara en los archivos, pero, como él estaba muy ocupado, me dijo que buscara yo. Estuve varios días revolviendo los papeles, pero allí no aparecía ni una hoja con mi nombre. Volví a decirle al doctor lo que pasaba y él me contestó que no me podía ayudar, y que no le parecía tan importante saber cuándo había entrado, que si era para cobrar las prestaciones sociales. No le parecerá importante a usted –me le arreché–, y no es para cobrar nada, es saber, únicamente saber. Entonces me dijo que tratara de buscar al doctor que me había contratado porque a lo mejor él se acordaba, y me dio su nombre y una dirección.

La ciudad ha cambiado mucho, han construido calles nuevas, han tumbado edificios viejos, casi nada es igual, así que me costó mucho trabajo encontrar la dirección. Allí no había nada parecido a una clíni-

ca pero de todas maneras pregunté. Busqué bien en todo el edificio y subí como veinte veces las escaleras porque el ascensor no funcionaba, toqué el timbre en todas las oficinas hasta que por fin una señorita me explicó que el consultorio que yo buscaba era una oficina de servicios de correspondencia internacional que no tenía nada que ver. Le enseñé el papelito donde yo llevaba anotado el nombre del doctor pero no le sonaba para nada; ella tenía poco tiempo trabajando allí y no me podía informar.

Volví con el cuento a decirle al doctor lo que me había pasado y le pregunté que cuándo me tocaban las vacaciones, para ver si por allí se podía sacar la fecha. Entonces él volvió con lo de las prestaciones y con un lío del contrato de trabajo, que si a mí no me salían las mismas vacaciones que al graduado, que si yo no había formalizado contrato. Yo, la verdad, no me acuerdo si firmé papeles cuando entré, pero, si firmé, deberían estar en alguna parte. Entonces me salió con que los archivos viejos los habían quemado porque eran archivos muertos. ¿Muertos? ¿Y yo no estoy vivo?

Se lo dije a Eduardo, a ver qué se le ocurría. Él se acordaba de que la primera vez que vino a la casa ya yo estaba allí. Muy bien, pero ¿cuándo fue eso? Como el 69, el 70 –decía–; tú eras un carajito y yo era bastante joven. Se lo preguntó a su mamá y, definitivamente, la primera vez que él vino a la casa fue en 1970. Pero ésa es la fecha de él, no la mía. Esto de no poder recordar bien la fecha me enredaba tanto los pensamientos que una vez hasta me pareció que a lo mejor yo había nacido allí y por eso no sabía cuándo había entrado, pero enseguida me di cuenta de que no, porque me acordaba de muchas personas que había conocido antes. También llegué a pensar que había sido mi mamá la que me trajo, pero tampoco es así; fue un doctor y eso está claro; lo que no he podido recordar es la fecha, y, como yo le dije a Eduardo, la vida así es como un calendario roto.

Entonces pensé hacer lo mismo que cuando era chiquito y trataba de saber la vida de mi papá. Escribir todas las historias hasta encontrar la verdadera. Voy a escribir todo lo que me acuerdo, pensé, todo lo que

me ha pasado en mi vida, hasta que sin darme cuenta esté escribiendo el día en que vine a la casa por primera vez.

Y así empecé con los cuadernos. Me compré un diccionario y empecé a escribir. Me iba acordando de muchísimas cosas, a veces de tantas que no las escribí todas porque yo no escribo muy rápido, y a mano uno tarda bastante; fui escribiendo todo lo que pasaba en la casa, y también cosas que me habían pasado antes, a ver si así, de repente, un día escribía la fecha en la que había entrado. Fallé. Lo que estaba buscando no apareció. Leía los cuadernos de noche, a ver si es que lo había escrito y se me había pasado, hasta que llegué a la conclusión de que no, de que había fracasado porque en ninguno de los cuadernos estaba la fecha de cuándo llegué.

Eduardo me dijo que una fecha no tenía importancia, que lo importante era saber más o menos la época y la circunstancia, y eso yo lo sabía. Pero yo me sentía muy triste, así que decidí terminar con el asunto, y pensé; al carajo con los cuadernos. Eduardo me había ayudado bastante a escribirlos, los había leído casi todos, y no quiso que los botara porque allí estaba mi vida. Sí, pero sin la fecha de cuándo entré a la clínica.

Después que pasó todo lo que pasó, la primera vez que Eduardo vino a visitarme me trajo un diccionario mejor que el que yo tenía (se puede decir que dos, porque son dos volúmenes) y me dijo: Pepín, ponte a corregir los cuadernos; Genet escribió en la cárcel y también el Marqués de Sade. Eduardo es un tipo de pinga.

Ayer vino a visitarme y me dijo que lo vamos a publicar. Yo no quería, primero y principal, por las faltas de ortografía, que, por más que sea, son una lacra; segundo, porque soy un escritor autodidacta, tengo hasta quinto grado de instrucción primaria y es mucha la cultura que me falta. Yo escribo como hablo, y hablo como pienso. Por ejemplo, esa frase me la copié de un libro que decía: «Vive como piensas y piensa como vives». Muchas veces hago eso, busco en un libro una frase que diga lo que estoy pensando. Eduardo dice que las faltas de ortografía las soluciona él, y también mejorar la escritura y la relación

entre los personajes. Estos no son personajes –le dije–, son personas de la vida real y la relación entre ellos es como sale en los cuadernos; yo no quiero estar mejorando las cosas, lo que puse en los cuadernos es la vida que he conocido, no sé cómo serán otras vidas que no he conocido. Él me explicó que se refería a mejorar la secuencia para que el lector entienda mejor. A mí me parece que el que no lo entiende es porque no lo quiere entender.

Quedamos en que eran tres partes. Una, que son los cuadernos que yo escribí contando la vida de la casa, y Eduardo le puso de título «La felicidad detrás del olvido». En algunos él metió la cuchara bastante; luego, otra parte que es mía solamente y que se llama «Autobiografía de un escritor autodidacta», y la tercera, que son los cuadernos que él escribía sobre sus fotografías. Eduardo tiene muchas fotografías y yo lo ayudé a ponerlas en orden. Se puede decir que este libro lo hemos escrito entre los dos, pero la idea fue mía.